

sable para la salud... Los otros ejercicios exigen movimiento, agitación. Allí no hay más que dejarse hacer.

Los dos amigos se desnudaban en dos cuartos contiguos, entraban juntos en la estufa, leían sus periódicos ó se abandonaban á la beatitud de transpirar, los ojos fijos en el techo, las manos colgando fuera de las butacas, bajo la luz dura de las lámparas eléctricas. Se oía el rumor de las duchas vecinas, de las jabonaduras que se daban á otros, y de los pasos pesados de gruesos señores que iban á poner su carnaza blanca y blanda á merced de los *masseurs*.

—¡Calla, Aubryet; ya esperaba yo encontrar á V. aquí!... ¿Usted no está disgustado con Ursneur, supongo?

Era Gustavo Charamol, desnudo, amarillo, mejor conservado de cuerpo que de cara, quien le hablaba así, la mano sobre la espalda húmeda de un gran viejo encorvado, de carnes flojas. El inspector del «Nuevo París,» que este era el anciano, iba siempre á recibir sus abluciones en compañía del indómito diputado.

Aunque devoto de Laura hasta el extremo de adoptar sin razonarlos sus odios y sus antipatías, Ursneur no creyó prudente volver la espalda brutalmente á Francisco, á quien conocía desde que era niño. Por otra parte, pensó que en el curso del divorcio podía convenir estar bien con él, y con un suspiro tomó la mano que el amante de Juana le tendía. Luego saludó también á Darnot, á quien creía, á pesar de la evidencia, absolutamente leal en todo aquel negocio.

—La vida es melancólica—murmuró apretando su taparrabos sobre los consumidos riñones.

—No, no,—enmendó Gustavo Charamol—es una gran corriente que se renueva, que nos atropella y que nos leva. Es el baño turco ideal. Frecuentemente nos hace sudar, lo reconozco.

Satisfecho de esta humorística filosofía, se informó de la salud de Juana, «á quien la muerte de su pobre papá, el grande hombre, habría sin duda, hecho sufrir mucho;» de la de Sofia Verneuil, «cuyo dolor habría sido menos duradero, porque los artistas hallan en su arte alivio y olvido para sus penas;» y finalmente, de las ocupaciones de él, de Francisco. «Usted debería unirse á nosotros, querido; la política anticlerical necesita talentos jóvenes y vigorosos.» De la instalación en el piso de la plaza de Vendôme, de que le había hablado Mina, le dijo: «En cuestión de muebles, los ingleses y los japoneses; no busque V. otros...» Para todas las cosas y para todas las personas tenía un aforismo, un consejo preparado, y á pesar de la ligereza de su ropa, oficiaba siempre de pontifical, como si estuviera en la tribuna ó en los pasillos de la Cámara.

Ursneur en su trato asiduo con Laura había aprendido á ser intempestivo como ella. Llevándose á Francisco, «su joven amigo,» hacia un rincón abrasador de la estufa, le dijo:

—Y bien ¿no hay esperanza?

—¿De qué, Ursneur?

—De reconciliación, hombre. ¡María es tan buena, está tan triste!

—¿Y qué haría yo de Juana, entonces?

—Se volvería á donde su madre.

La idea era tan burda, que Francisco no pudo dejar de sonreír. Después, indulgente, explicó al

viejo soñador lo irreparable de su decisión. Pero conoció que no le persuadía y se separaron fríamente.

A fin, como ellos decían, de aumentar el capital y de tapar todos los agujeros, Francisco y Darnot adquirieron la costumbre de frecuentar los círculos clandestinos. Los dos amigos, que poco á poco iban siendo cómplices, dejaban á Juana á las diez de la noche con su madre y marchaban. El secretario conocía en los boulevares uno de esos chamizos frecuentado á la vez por estafadores y gente del gran mundo, de la que figuraba en París. Allí las formalidades de admisión y de presentación eran sumarias, no se exigían blasones, y la confianza recíproca era moderada.

La suerte empezó por favorecer á Francisco. Varias noches seguidas salió ganando pequeñas sumas; después, animado con esto, cojió la banca, y finalmente llegó á encontrarse en posesión de veinte mil francos. ¡Con qué alegría y con qué suavidad pasaba la mano á aquel dinero; juntaba el oro y los billetes y lo contaba en una mesa separada de la del juego! Luego pidió un caldo, y en tanto que lo tomaba explicaba á Darnot sus proyectos:

—Cuando tenga cien mil francos te confiaré la mitad y marcharemos á Monte-Carlo. Allí con un poco de suerte y de dirección, digan lo que quieran los imbéciles, es seguro que en un mes duplicaremos los fondos. Y entonces, viejo hermano, estaremos libres de preocupaciones y podremos montar un gran negocio... Yo creo que lo que más dará ahora será una Agencia de automóviles...

El «viejo Marcos» aprobaba siempre. Es lo más

sencillo, y estrecha la amistad. Habían convenido que Francisco le daría la tercera parte de la ganancia á fin de guardarla, para lo cual compraron una caja muy complicada, cuya cerradura maravillaba á Victor, Lucia y al *groom* Sylvain. Ese mueble precioso no salía de la habitación de Darnot. De tiempo en tiempo el leal secretario y cajero recibía como gratificación suplementaria á sus quinientos francos mensuales fijos, una suma que oscilaba entre tres y diez luises.

La primera consecuencia de este nuevo régimen, fué que Juana, sola en aquel gran piso, sentía miedo por las noches, y suplicó á su madre que se fuera á quedar allá algunas veces. Después de hacerse rogar un poco por cubrir las formas, Sofía consintió, hizo que la llevaran del boulevard de Clichy una butaca, un canapé y su indispensable piano, y despidió á su criada, buscando en cambio una mujer para que la cuidara la casa durante el día. Hacía ver á «su querida pequeña» que todo eso era un gran sacrificio para ella, el cual exigía algunas compensaciones, y no dudó ya, una vez bien convencida de la blandura de su futuro yerno, en tratar la nueva casa como país conquistado, invitando muchas veces cada semana á sus íntimos Honestin, el grueso periodista, Gaudenot y su terrible mujer, la duquesa de Sornine, las larvas glotonas ó gorrondas de su mundo.

Estos siniestros huéspedes llegaban después que salía el amo de la casa, pero luego no tuvieron inconveniente en presentarse antes de comer, en las horas del crepúsculo en invierno. Juana volvía de paseo y encontraba en su casa dos ó tres de aquellos tipos que se calentaban arrimados á una

chimenea ó á una estufa, como vagabundos, en el salón medio amueblado. Era lo característico de aquel salón su arreglo á medias, suspendido por la mala voluntad de los mueblistas, á quienes no se había pagado, que pedían inquietos algo á cuenta, y á los cuales no lograban imponerse las grandes maneras, los asombros representados por Sofía ante ellos. Como ésta no salía apenas, era á ella ó á Darnot á quienes hacían las reclamaciones.

La gruesa dama tomaba lo que ella llamaba su «aire de los Domingos,» aseguraba á aquellos pedigüños que pronto serían arreglados sus asuntos, y los empujaba hacia la puerta con una mímica solemne de señora ofendida. En seguida volvía á donde sus parásitos, les contaba la escena entre grandes carcajadas, y consolaba un poco á su hija, algo disgustada á causa de los criados y los porteros:

—¡Bah, se han visto tantos casos!... ¿Usted se acuerda, Honestín, cuando yo eché por la escalera al tapicero del pobre Verneuil? Se creyó que se había roto una pierna, y hubo que ir á ver al Comisario de policía.

Francisco había empezado por protestar contra estas intrusiones de aquellas gentes, los más de cuyos nombres no conocía siquiera, y que formaban la sociedad ordinaria de Juana, á quienes ella tuteaba, y á quienes él apenas dirigía la palabra. Pero luego sacó partido de su impotencia y aceptó el hospedaje de Sofía y las visitas de sus amigos, que le dejaban libre para ir al juego y á la gandería, para trasnochar. Darnot por su parte callaba, comprendiendo que no tenía fuerzas para luchar con la temible viuda.

Solamente Clotilde Aubryet no se resignaba.

Analizaba con su sagacidad ordinaria los síntomas de descomposición que se manifestaban en casa de su hijo, donde veía que todo se lo iba á llevar el diablo, y se inquietaba de ver á aquel en tales manos.

La desgracia quiso que ella asistiera por azar á una escena que hizo el joyero Heinsdruck para obtener el importe de su factura, ó la devolución del solitario que le había comprado Juana dos meses antes. Exasperada la joven fué á buscar la alhaja y la entregó al comerciante llenándole de injurias. Acudió al rumor de las voces Sofía, y tomando el partido de su hija, amenazó á Heinsdruck con los altos protectores que ella tenía en la magistratura y en la policía.

Cuando se cerró la puerta y Clotilde se vió sola con su hijo le mostró en pocas palabras claras todos los peligros de aquella situación, y la urgente necesidad de una reforma:

—Juana no es todavía tu mujer, desgraciado, y ya se te escapa sin que tu trates de evitarlo. No has sabido ponerte al abrigo de Sofía, ni defender de esa intrigante tu casa, como debías haber hecho desde vuestro regreso. ¿Nó ves cómo os usurpa toda vuestra autoridad, cómo os explota, cómo os impone sus relaciones deterioradas y su presencia odiosa, sus maneras bohemias, sus despilfarros? ¡Mi pobre niño, no es la envidia lo que me hace hablarte así! Yo no deseo más que tu felicidad, ya lo sabes. Pero si tu no resistes enérgicamente, brutalmente, si tu no arrojas á estos bribones, á esa comadre grotesca é insoportable, verás qué camino llevan tu casa, tu dicha, vuestra tranquilidad. Desde luego no podrás recibir á nadie, ninguna

familia distinguida os visitará. Piensa que vuestra situación es falsa, que no será regularizada hasta dentro de algunos meses, y que necesitáis hasta entonces, más que nadie, seriedad y respetabilidad...

Este último argumento fué el que convenció á Francisco, que abrazó á su madre asegurándola que las cosas habían de cambiar. Había reflexionado y hallado el medio de remediarlo todo, sin herir á nadie y sin escándalo.

Al día siguiente anunciaba á Juana gravemente que deseando vivir con ella solo, había alquilado por medio de Darnot en la calle de Pigalle un departamento amueblado, que serviría para instalar las oficinas de la Sociedad de automóviles, una vez que ésta se organizara; pero que en tanto la utilizarían para desembarazar su casa, yendo allí Sofía á recibir á sus amigos cuando quisiera hacerlo, á aquella su tribu de cosmopolitas y de bohemios. «Estando tú con luto,—añadió para concluir—esto es lo más conveniente. Allí estas idas y venidas, estas comidas estrepitosas, estos cipzapés de piano, no tendrán el carácter sacrílego que tanto me disgusta aquí, en la plaza de Vendôme... Por otra parte los Fonteroy, padre é hijo, y los amigos que ellos nos traigan, no tendrán gran placer, creo yo, en conocer á Honestín, los Gaudenot y Eva de Sornine.»

Juana sabía perfectamente de donde le venía este golpe, y escuchó á su amante, sin cólera, el cigarro en los labios, los ojos brillantes de ironía, y cuando él se calló, preguntóle tranquilamente:

—¿Has concluido?

—Sí.

—Bueno, pues yo acepto todo lo que propones,

á condición de que mamá pueda quedarse aquí cuando quiera, de que ha de haber siempre para ella una cama puesta las noches de círculo.

Esto era dejar las cosas como estaban. Echada por la puerta, Sofía volvía á entrar por la ventana, con la diferencia de que se pagaba un alquiler más. Pero Juana había entrevisto pronto las comodidades que podía ofrecer en el porvenir aquel departamento de la calle de Pigalle. Además ella también deseaba recibir en su casa á Pablo y Norberto de Fonteroy y á otras personas más distinguidas que los habituales visitantes de Sofía. Así que pareció ceder, y Francisco orgulloso de su éxito la abrazó y la besó en los cabellos dorados que ella desgremaba frecuentemente con sus largos y finos dedos.

Sofía puesta al corriente de este proyecto, le recibió con cara de fría dignidad, dijo que si era ella un estorbo se retiraría inmediatamente á su casa del boulevard de Clichy, lloró un poco, se serenó en seguida, y expuso su deseo de ir á ver la nueva instalación.

Aquel local tenía el carácter deforme que tiene lo excesivamente adornado. Era bastante grande, compuesto de varias piezas de la misma dimensión, que se sucedían unas á otras uniformemente decoradas, con un estilo medio burgués, medio argelino, que gustaba mucho á las cortesanas retiradas. Seis huecos tenía sobre la calle, y ocho sobre un pasillo ó patio eternamente obscuro. No costaba todo más que mil ochocientos francos por año.

—Esto es práctico—afirmaba Darnot, que había concluido el negocio con una monumental portera de cabeza de luchador.—El propietario está prevenido, ¿no es así, señora Mitron, de que dejara-

mos las cosas como se hallen hasta que organicemos aquí una agencia de automóviles con su caja y sala de espera?

La señora Mitron maravillada por la calidad de sus nuevos inquilinos y por las *toilettes* de Juana y de su mamá, se inclinó profundamente. Aseguraba y certificaba que la casa era muy tranquila, que sólo vivía en ella gente *comme il faut*, y que allí no había ningún ruido. La cervecería ¿*Qué dices tu?* estaba en la misma casa, era verdad. Pero encargada de aquel establecimiento una señora seria y de buenas costumbres, se cerraba temprano, á la una de la madrugada, y no había en él ningún escándalo.

—¡Una cervecería!— murmuró Juana— Nos haremos subir cerveza...

Desde que quedó alquilado el piso, fué este para los habitantes del de la plaza de Vendôme un pretexto perpétuo. «¿A dónde vas?»... «Allá abajo»... «¿Dónde está Victor?»... «Allá abajo»... «Vamos, encontraremos á mamá allá abajo»... No se escuchaban otras palabras entre Francisco, Juana y Darnot. El ir y venir, el transporte de libros, de muebles suplementarios, de vestidos, los divertía. En la plaza de Vendôme estaban en París. Ir á la calle de Pigalle parecíales emigrar á provincias. Dos ó tres noches seguidas se quedaron allí. Y en tanto Sofía continuaba yendo y viniendo del boulevard de Clichy á la plaza de Vendôme, resultando así que la utilización del apeadero aquel de la calle de Pigalle, estaba invertida. Pero luego que se transportó el piano *allá abajo*, la artista siguió á su instrumento y el público siguió á la artista, de suerte que el apeadero empezó á llenar su fin.

Francisco deseaba decir á su madre: «Ya están vencidas todas las dificultades.»

Quando los acreedores indiscretos se presentaban en la plaza de Vendôme, se los enviaba á la calle de Pigalle, ó viceversa. El *groom* Sylvain, Victor y Lucía y Enrique el amante de la señora Mitron (pues esta grotesca portera se alababa de no estar regularmente casada) hacían el servicio aquí ó allá con gran desorden, cuya responsabilidad se repartían.

—¡Es pasmoso!—decía Juana— Me parece que tengo dos almas. Distingo en mi claramente á la mujer de Montmartre y á la señora de mundo.

Se fué estableciendo poco á poco la costumbre de almorzar en Montmartre y comer en la plaza de Vendôme. De la primera comida participaban los amigos ordinarios de Sofía. La segunda era de familia. Juana, Francisco y Darnot se felicitaban de no tener ya bajo los ojos la fealdad de Eva Sornine, y el mascarón de Honestín, que comía sin duda en su casa, en compañía de la patrona. El honrado Marcos, hablando de la caja, dijo que aquella vida que hacían representaba una seria economía, por que estando más baratos los alimentos en Montmartre, se economizaba en ellos el precio del alquiler suplementario. En fin, la frase «¡Esto es tan divertido!...», que el trío empleaba sin cesar, destruyó por adelantado todas las objeciones que pudieran hacerse.

Esta existencia en parte doble, era, por lo demás, mala para el resto de moralidad que flotaba sobre las conciencias borrascosas de los dos amantes. Sus escrúpulos se encontraban divididos, y su frescura había aumentado. No sabían ya bien don-

de estaba su individualidad verdadera, si en el hogar vanidoso de la plaza de Vendôme, ó en el piso estudiantil de la calle de Pigalle, que hacía las veces de disfraz. Perteneían á esa clase de seres frágiles y desamparados que necesitan reparos exteriores, barreras materiales que les impidan aturdirse y escapar.

En aquellos días el viejo Aubryet los invitó á pasar una noche con él en Sceaux. Tenía, según él, una importante noticia que comunicarles.

Nevaba cuando llegaron á la puerta de «La Sonrisa». Francisco volvía á ver con placer el parque blanco y vasto, los árboles sin hojas, las terrazas abandonadas. Apretaba amorosamente el brazo de Juana, á quien apenas se la veían, á causa de las pieles, la nariz sonrosada y los ojos verdes. La explicaba cómo su infancia había estado constantemente importunada por su padre y por su madre, y la particular melancolía que invadía su espíritu á la vista de este pálido paisaje del jardín, del estanque helado.

—¡Brrr!... Entrad en seguida, pequeños míos... ¡Cuanto me pesa haberos hecho venir á mi ermita con esta temperatura!

Cubierto con su gorro azul, cuidadosamente arropado, golpeando fuertemente el suelo con sus pies, Felipe Aubryet parecía estar representando un drama ruso, á la vez que renegaba del campo y del invierno. Galante ante todo, besó la mano á Juana, abrazó á su hijo y pasó á ambos hacia el gran comedor, decorado con naturaleza muerta.

—Se tomará inmediatamente alguna cosa caliente... ¡Adrián, dá luz!... Tengo allá abajo en un rincón una botella vieja....

El frío es propicio á la intimidad. En pocos minutos una simpatía casi sincera se estableció entre el viejo dramaturgo y los que él llamaba cariñosamente sus niños.

—Contadme, contadme todo en seguida.... ¿Qué hay del divorcio? ¿Y de vuestro casamiento?... Mis amigos me preguntan sobre esto, y yo no sé que responderles.

—Pues pronto, creo yo— dijo Francisco.—Mamá se ocupa en arreglarlo todo con mi abogado y con el de las Montmélian. Espero que no haya dificultades.

—Si tu madre interviene todo irá bien. Mi querida Juana, está V. viendo en mí un gran culpable, un hombre que ha abandonado á un angel y vuelto la espalda á su propia dicha. ¡Ah, si se pudiera recomenzar la vida!...

Francisco conocía esta antífona, pero Juana estaba encantada de los miramientos que tenía con ella el célebre escritor, y en aquel momento hubiera también deseado brillar, hacerse valer por cualquier teoría extraordinaria, ó, á falta de esto, llamar la atención y apasionarla; tan contagiosa es la manía cómica.

La comida fué cordial y alegre. La vista de la escarcha de afuera, hacía el calor de la estufa más dulce, los vinos más generosos, la intimidad mayor. Felipe era un repertorio vivo de anécdotas históricas, sentimentales y burlescas, y las contaba largamente, preparando bien los efectos, tomándose «tiempos,» con una mímica expresiva. Durante tres generaciones él había alimentado la gran crónica. Como tenía la memoria de las fechas, y la costumbre de las citas, pasaba por un erudito ante

los reporters ignorantes y las gentes frívolas. Se le consultaba sobre la edad media, sobre las guerras religiosas, sobre el periodo revolucionario. Algunas veces, frenético, corría á su biblioteca, volvía armado de un grueso volúmen, leía un pasaje, y despues, juzgando á su interlocutor persuadido, ponía sus papeles sobre una butaca y se precipitaba hacia la masa á consultar sus apuntes. «Ellos son los maestros que no engañan nunca» — decía resolviéndolos.

Admiradores y periodistas decían de él: «¡Este diablo de hombre!...» El boulevard, una vez para todas, le había bautizado con el nombre de «Rey de los habladores.»

Era cosa admitida entre los comerciantes y los críticos que no se le podía resistir. Su divisa, que colocaba sobre todas las cosas, era: «Todo por el teatro y para el teatro.»

Cuando llegaron á los postres, el parlanchin, cansado de echar fuegos de artificio, tomó un aire solemne y mandó al criado que saliera.

—Ahora llegamos á la cosa importante, al motivo de la invitación, pues no ha sido sin causa el molestaros haciéndoos venir en un día como hoy... En dos palabras... escuchadme bien... yo he escrito bajo el título «Una equivocación», una comedia en tres actos que os interesa y que la semana que viene se estrenará en el *Teatro Parisien*.

—¿Cómo, papá?—preguntó Francisco intrigado

—Esta comedia es vuestra historia, ó mejor, Francisco, la de tu anterior matrimonio. Yo he asistido á todas las fases de esta prueba dolorosa (no había asistido á nada), he compartido tus angustias de lejos, por discreción, y las he anotado

día por día. Después he comprendido que querias rehacer tu vida cogido del brazo de esta linda niña (saluda á Juana con una sonrisa) y te aprecié doblemente. No he creído traspasar mi derecho de observador, de poeta, utilizando para mi arte este episodio característico.

—¡Esto es maravilloso!—gritó Juana levantándose, dominada por la necesidad de manifestar su entusiasmo, y besó al viejo en su frente arrugada, debajo del gorro de terciopelo azul.

El tuvo una de esas lágrimas fáciles, que suben á los ojos el amor propio y la digestión, y murmuró devolviendo el beso:

—¡Mi verdadera hija!...

En cuanto á Francisco, cogió la mano de su padre, y muy impresionado también por el *Chateau Iquem* y el *Clos-Vougeot*, articuló sordamente:

—Gracias, padre, gracias, tú nos vengas.

—V. va á leernos eso—añadió Juana— ¡Será muy divertido reconocerse!...

Pero Felipe movió la cabeza y dijo:

—No, no, esto sería desflorar la obra... Tened paciencia hasta la representación. Os prometo para entonces una buena noche... Bien entendido que no habeis de decir una palabra á nadie.. Contra mis costumbres, he cerrado inhumanamente la puerta á la prensa, y esta discreción inusitada está causando un verdadero escándalo, pero yo me río de eso. Es necesario que el suceso, que la sátira —por que á las Montmelian no las economizo— estalle como una bomba... Cuando los intereses de familia están en juego, esto es demasiado grave...

Cuando volvían á París en el tren, apretados el uno contra el otro, Juana dijo á Francisco:

—Tu padre es un tipo notable... Me ha conquistado... ¡Lo que se va á hablar de nosotros después de ese golpe!...

Aquí un segundo de reflexión, y después con un tono diferente:

—Mi luto no me impedirá asistir á la función. Iré pasado mañana á casa de Lacaussade á ver lo que se lleva en cuerpos negros abiertos. Después habrá que pensar en mi sombrero. ¿Qué creés tu que me estará mejor, una pequeña capota de tul muy sencilla, con un ave adornada de diamantes?...

Pero Francisco había vuelto su espíritu á cosas más serias.

—Debemos darnos prisa. Si se representa «Una equivocación» antes del divorcio, Laura será capaz de pegarnos en la calle.

—

Este divorcio, parisién puro, fué pronunciado, en efecto, ocho días después, á petición de las dos partes, y los periodicos le registraron sin el menor comentario desatento. Gracias á la habilidad de su madre, á la intervención de Ignacio, á la generosidad de María, Francisco volvió á entrar en posesión de algunos objetos que había reclamado como de su propiedad, y los cuales fueron por él vendidos en seguida. ¿Nó eran los testigos de un pasado odioso, de que no debía subsistir el menor vestigio? El matrimonio Verneuil-Aubryet, consecuencia de la liberación de Francisco, y simple formalidad ya, se verificaría lo más pronto posible, después de las demoras indispensables.

—

La antevíspera de Navidad Juana, Francisco y Darnot entraron después del teatro al Gran Restaurant á mondar un ala de pollo oyendo la orquesta. Esperaban encontrarse allí solos, y lo deseaban por varios motivos, de los cuales la muerte de Verneuil no era el más importante. Así que tuvieron una sorpresa desagradable cuando reconocieron entre sus vecinos más inmediatos á María, Pedro y Mariana Froncín é Ignacio Salientes, que les hizo un ligero saludo de mala gana.

María no había visto á Francisco desde la noche de su huida. Por un instante sus miradas se cruzaron, y sus almas pudieron comprobar su definitiva y mútua indiferencia. Juana más valiente de palabra que en obras, bajó su cara hacia el plato.

En este momento se abrió la puerta y entró Saverne con aire cansado, deprimido, muy delgado, sombrío, acompañando á una joven bonita y animada que hablaba alto y reía fuerte. Al percibirlos María, se estremeció y volvió la cabeza, y Mariana se puso pálida de cólera. Ignacio sentía despertar en sí el furor celoso de su raza observando á María. Solo Pedro Froncín, cándido y dichoso, se aprestaba á beber con una amable indiferencia.

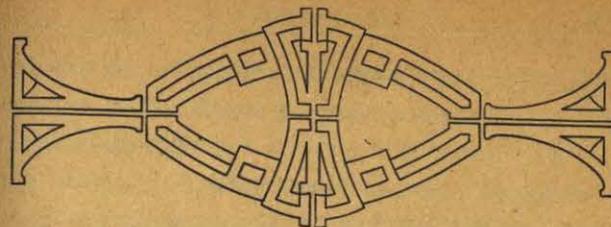
En tanto Francisco, como Ignacio, había observado la turbación de María. No ignoraba el drama mudo que se representaba entre aquella y Mariana. Una imperceptible sonrisa se marcó en sus labios delgados. Pensaba superficialmente, pero con verdad, á su modo, que la comedia «Una equivocación» debía ser una cosa muy pobre comparada con la realidad. Trató también, durante un instante, de analizar los sentimientos de odio y de simpatía

superpuestos ò entrecruzados que mediaban entre todas aquellas gentes, sobre las cuales flotaban los recuerdos como vapores brillantes y de diversos colores. Compadecía á Fróncín por su ceguedad y admiraba á Saverne por ser amado. Ignacio le parecía un niño, con su pasión obstinada á que su ironía no tocaba.

Después este ejercicio le fatigó, llamó al director de la orquesta, le puso un luis en la mano, le rogó que tocaran el célebre aire:

« Ríete payaso,
ríete de tu dolor... »

y en voz alta pidió una botella de *champagne* seco.



CAPITULO VI

Una mala pendiente

Era el día de año nuevo. Juana, que se había levantado á las tres de la tarde, acababa de almorzar sola y malhumorada en su vasto comedor desnudo de la plaza de Vendôme. La comida ó cena familiar tradicional de la noche precedente, no la había dejado nada contenta. Disgustada Sofía Verneuil por que su hija no la había dado de aguinaldo más que quinientos francos, cuando ella esperaba mil, al llegar á los postres de aquella cena había empezado á armar camorra con Clotilde Aubryet, y las dos madres se habían enredado en serias disputas. Además ahora habían dado Francisco y Darnot en aliarse contra ella para reprocharla por sus gastos, por el doble alquiler, por las facturas que la estación, consagrada al arreglo de cuentas, hacía más numerosas, avanzando así la ola, cada vez mayor